

Antes que el sol ardientes nos devuelva  
Las horas que templadas aún tenemos,  
Oídos me concedas sosegados,  
Y el triste fin de Adónis llorarémos.

PRÓCRIS.

Así, Anaxarte, engañas mis cuidados.

ANAXARTE.

Mi verdad así avisa tus excesos.

PRÓCRIS.

Que escuche sorda yo quieren mis hados.

ANAXARTE.

Por ahora sujetemos los sabuesos,  
Y aquí, do el ser halladas de la gente  
Dificultan los árboles espesos;

A esta pena, que herida blandamente,  
Tanta sangre derrama cristalina,  
Elige asiento y oye atentamente.

PRÓCRIS.

A tu voz toda Prócris se destina.

ANAXARTE.

Coronada del opio y el beleño,  
La negra noche fría  
Del carro perezoso desprendía  
La mitad ya de las oscuras horas,  
Que sobre toda la grosera tierra  
Envueltas derramaba en dulce sueño;  
En tanto, pues, que silenciosamente  
Caían las estrellas brilladoras,  
Desvanecida ya la dura guerra  
Del Abrego y sus fuerzas auxiliares,  
Admitían (por más que sordamente  
Lo murmuraban las soberbias ondas)  
Alto sosiego los profundos mares,  
Muda en los montes la silbosa cumbre,  
Caduca, hacia los valles inclinada,  
Al parecer, del sueño más cargada  
Que de su ponderosa pesadumbre,  
Cada tronco en la selva enseñar pudo  
Silencio á los peñascos, porque mudo,  
Se esconde el viento en sus cavernas hondas,  
Del sosegado campo en el ameno  
Sitio callaban las parleras aves,  
Las fieras descansaban en las grutas,  
Los peces en las ovas nunca enjutas,  
Y hasta los siempre tímidos tiranos  
Al dulce soporífero veneno  
Dan los cuidados graves;  
Todo, en fin, bajo la alta sombra oscura  
Sosiega, pero no admitir podía  
En sus ojos la noche perezosa  
Pirene, que á sus celos inmortales,  
Sobre aras de sangrienta fantasía  
Simulacros coloca, en que figura  
Sus venganzas crueles;  
Mientras sus dos amantes envidiados,  
En lecho que ofrecían blandas pieles,  
Burlaban sus cuidados,  
Precipitola al fin su rabia ardiente  
De un valle á lo profundo,  
Donde, despues que religiosamente  
(Desnudos pié siniestro y hombros bellos)  
De negro lago (averno allí segundo)  
Humedeció tres veces los cabellos,  
Que por el rostro pálido dilata,  
Nube que á luz ninguna lo recata,  
Y despues que volviendo á las estrellas  
Las etiopes suyas, aunque bellas,  
Gritó tres veces con clamor horrendo  
(El valle los asombros repitiendo),  
Dijo así furibunda:  
«¡Oh caos, oh del Erebo cavernas,  
Por cuya mansion lóbrega, profunda,  
Tantas pálidas vagan sombras frías!  
¡Oh deidades del Oro sempiternas!  
¡Oh Némesis feroz! ¡Oh infame terno  
De las negras hermanas, cuya greña  
Rompe con silbos el silencio eterno!  
¡Alto monte, hondo valle, selva muda,

Testigos ya de las injurias mías;  
Y tú, triforme Ecate, que obediente  
Me instruyes, y te instruyes en mi ayuda,  
El hijo de Cinaras me desdeña,  
Y no porque otros brazos no consiente,  
Desprecia mis desvelos;  
De Vénus es favorecido amante,  
Y aún más allá de agravios son mis celos.  
No para que él arrastre mis cadenas  
Vengo, oh diosa, á impedir tus negras aras  
De escogidas verbenas;  
No las virtudes examino raras  
Del masculino incienso,  
Ni porque él arda, en mí quemar ya pienso  
El laurel en tus llamas crepitante,  
Ni prevendré ignorante  
El engaño sutil de tres colores  
A que enrede su amor en mis amores;  
Ni para ahora estimo  
Una y otra brevísima figura,  
Que, ó ya de blanca cera ó negro limo  
Su ingrato nombre escrita,  
La una á mis incendios se derrita,  
La otra para otro amor que el de Pirene,  
Piedra se haga esquivamente dura.  
No, pues, te invoco para oficios tantos;  
Que si á su Vénus verticorde tiene,  
Si el mismo Amor es el mayor hechizo,  
En vano, Ecate, nuestra ciencia hizo  
Contra Amor los encantos;  
Y pues el nuestro á su poder no alcanza,  
Su amor no pido, pido mi venganza;  
Y para que la logren mis anhelos,  
¿Qué mayores encantos que mis celos?

Mas porque contra mí (que, semidiosa,  
Soy ménos que su Vénus poderosa)  
Con su mayor poder no se defiende  
Marte igual, igual haga la contienda,  
Marte, que al Istro septicorne toro,  
En rápidos cristales liquidado,  
En sangre envuelve las arenas de oro,  
Y de la diosa chipria enamorado,  
A pesar de la red que lo destierra,  
Arde aún más que en las iras de la guerra,  
En su ausente cuidado.  
Al dios pues, si en mis celos lo comprendo,  
Si en mis iras lo enciendo,  
Dos venganzas en una  
Lograrán su poder y mi fortuna.  
Sólo ahora me conviene, y sólo pido,  
Un prodigioso carro, que, ceñido  
De las furias que llevo  
Y de los negros humos del Erebo,  
A Tracia por los vientos me conduzca,  
Aun antes que del Indo mar reduzca  
Despierto Apolo el luminoso tiro.»

Dice; y á sus deseos obediente  
Cuanta estigia deidad el Oro encierra,  
Debajo de sus piés tembló la tierra,  
Y al tremendo suspiro  
(La faz rasgando dura),  
Desahogos abrió por nueva boca,  
Que del averno á la garganta oscura  
Pudo unirse, según sus fauces toca;  
Cuya rotura ingente  
Arrojó, envuelto en humo pestilente,  
Caliginoso carro, en cuyo adorno  
(Con los silbos el valle estremeciendo)  
Tortuosas sierpes ciñen en contorno,  
Y tiran dos cerúleos dragones,  
Fieras del Flegeton exhalaciones.  
La indigna maga, entonces recogiendo  
La que el rostro ocultó esparcida greña,  
Con desaliño, intrépida, la anuda  
En larga azul serpiente,  
Que con mano sanuda  
Arrancó de su carro sibilante,  
Y con la misma coronó su frente,  
Concediendo el semblante  
Feroz ya, y tan feroz, que lo desdeña  
La que sin celos fué Pirene hermana,  
Y es con celos Erimis horrorosa,

Tanto en la mujer pueden, despreciada,  
De su fiera venganza los anhelos,  
Si ya no, en vez de encantos,  
Que desdeñen sus iras, monstruos tantos  
Produce la azul hidra de los celos.

Ya en el infame carro sublimada,  
Segunda sierpe ocupa la alta mano,  
Con cuyo azote sibilante en vano  
Castiga los dragones, que violentos,  
Viento añadido fueron á los vientos.  
Tisifone, tan fiera,  
Por las lóbregas salas  
Suele batir las descarnadas alas;  
Y la maga de Cóleos, tan ligera,  
De no menores furias irritada,  
En carro que tambien llevan dragones  
Dejó de su Tesalia las regiones  
Hasta Corinto, término á sus vuelos,  
Donde en sus iras abrasó sus celos.

Del sol no ardia la primera lumbre  
Para enjugar los frios horizontes,  
Cuando del Hemo en la escabrosa cumbre  
(Del Hemo, rey de los treicios montes)  
El dios sañudo de la guerra ardiente  
Las armas se ceñía mal enjutas  
De la sangre del scita inobediente;  
Y Belona, entre tanto diligente,  
Porque más fiero vuelve á devastarlos,  
De las del Aquilon lóbregas grutas  
Sacaba los indómitos caballos,  
Que al formidable carro resistían,  
Cuando los dos dragones que traían  
El de Pirene, humos respirando,  
Y con los silbos roncós  
El aire convectivo lastimando,  
Se dejaron caer sobre unos troncos  
Que con la inculca greña  
Las sienas coronaban de una peña.

El fatal espectáculo, el estruendo,  
Este oído, aquel visto veces pocas,  
Aun temiera el dios fuerte,  
Si la horrorosa ninfa, previniendo  
Mudo silencio á las silbantes bocas,  
No hablara de esta suerte:  
«Desciñe, oh Marte inclito, desciñe  
Las que fatigó Bronte armas lucientes,  
Y cuantas del Araxes rudas gentes  
Convocado han las bárbaras riberas  
Beban, mientras su sangre no las tiñe,  
Seguramente ya sus agñas fieras;  
Que ahora te armará de sus furores  
La que cuantas azules sierpes cine  
Contra tu pecho á una;  
No yo de las Euménides soy una,  
Bien me desmientan cuantos visto horrores;  
Pirene soy, que ya fui en tiempo alguno  
Del Júpiter del mar cerúlea Juno;  
Pero despues, rendida al amor necio  
De un Adónis, que al fin jóven gallardo,  
Ahora es de Chipre en las malezas  
Más dichoso en amores que en el dardo,  
Rico haciéndolo yo de mis finezas,  
Sólo ha tenido para mí un desprecio,  
Para otra las caricias.

Si es que temen tu saña  
Los dioses cuando asombras las treicias  
Riberas, y has sabido ser amante,  
Válete de ti mismo en este instante,  
Que hay mayor enemigo en la campaña.  
La blanca hija de la espuma, aquella,  
No sé si tan mudable como bella,  
Que fué, y aún ahora es, pero que en vano,  
Alta solicitud de tus deseos  
Y gloria de tus bélicos trofeos,  
Y cuya blanca mano  
Te quitó la celada de diamante,  
Cuando al espejo dulce de sus ojos  
Lo feroz componías del semblante,  
Y haciendo dueño á Amor de tus despojos,  
Vez alguna en sus brazos dulce calma,  
Vida adquiriste, y te dejaste el alma;  
Esta, pues, al olvido te condena;

Ya su memoria, oh Marte, substituye  
A Adónis, tan indigno, que su madre  
Fué su hermana, y de hijo no lo excluye,  
Ni de nieto, el que fué su abuelo y padre.  
De Chipre, en fin, en la espesura amena,  
Jóven tan infamado,  
Del dardo y de las flechas fatigado,  
Dardo le quita y flechas tu enemiga,  
Y el que en sus brazos deja la fatiga,  
En el campo, que visten sombras verdes,  
Logradas mil numera  
Dulcísimas batallas, que tú pierdes,  
Cuando ella lo que yo he perdido alcanza,  
No lo permita más tu deidad fiera,  
Oh Gradivo, y si iguales nuestros duelos  
En mis celos has visto ya tus celos  
Vea yo mi venganza en tu venganza.»

Dijo ella; y reducir pudiera nunca  
Mortífero escorpión á furia tanta  
A incauto cazador, á cuya planta  
Comunicó punzante  
Negro veneno por la cola adunca,  
Pues si aquel vivo fuego lo enfurece,  
Ya intensísimo frío lo entorpece,  
Y á los disueltos miembros trepidante  
Horrída amarillez viste el semblante;  
El grande hijo de Juno, el dios guerrero,  
Aun más extremos siente,  
Cuando con mayor furia  
Señas dió de mortal al accidente,  
Que lo inmortal le encubre,  
Pues asaltado el corazón valiente  
(Hoguera dulce de su amor primero)  
De la celosa injuria,  
Que cual nieve frísimas le cubre,  
Sin la amorosa llama palpitante,  
La sangre toda le robó al semblante,  
Que de nuevo lo enciende

En la venganza que sangriento emprende;  
Unas veces del odio al amor pasa,  
Al odio otras del amor apela,  
Padeciendo así un hielo que le abrasa,  
Un ardor que le hiela;  
Que para ardores suscitar y hielos,  
El escorpión picaba de los celos.  
Sañudo pues, y nunca más sañudo,  
Arrojó la celada de diamante,  
Y sus vistosas plumas despedaza,  
Pisa el sonante escudo.  
Y el arnes reluciente desenlaza.  
«Si de mí un jóven débil y aún desnudo  
Se gloria triunfante,  
¿Para qué (dice) son las fuertes mallas?  
¿Para qué visto acero fulminante?  
Si hay quien á Marte predomine fuerte,  
¿Para qué es Marte dios de las batallas?  
¡Ah, Vénus enemiga!  
Mi confianza tu traición castiga;  
Mas yo castigaré el indigno amante,  
Y sin más armas que mis manos fieras,  
El corazón le sacaré á pedazos,  
Para que en él, aún inmortal, tú mueras,  
Para que con su muerte,  
Del que tálamo han sido,  
Túmulo sean tus infieles brazos.—  
» En vano enfurecido

(Dijo Pirene) pierdes tantas iras,  
Porque, aunque tu valor, oh Marte, es cierto,  
Al que enemigo despreciable miras  
No fácil vencerás á campo abierto;  
Aun de tu pensamiento, si lo alcanza,  
La guardará su diosa.  
Permíteme tú á mí que insidiosa  
Fie á un engaño la fatal venganza.  
La industria, pues, que me dictó mi ciencia,  
A mi intento ya hubiera obedecido,  
Si no hubiera temido  
Que Ericina, deidad más poderosa,  
Mis esfuerzos venciese;  
Y así, quise que hiciese  
Igual poder igual la competencia.  
Tú á Tracia dejarás por Chipre ahora,

Que si al poder de mi infalible arte  
Entregas tu deidad, oh excelso Marte,  
Tú serás vencedor, yo vencedora.—  
»Tuyo es Marte, oh Pirene  
(Dice el dios), aunque indigna la venganza  
Sea del valor mio;  
Que si las lides que el Amor alcanza  
Con engaños mantiene,  
Sustenta con ardidés,  
Dignas de mi valor no son sus lides.  
Cual si fuese el menor de los mortales,  
A tu alta ciencia mi deidad confío;  
Para contiendas tales  
No soy ya de las armas el dios fuerte,  
Amante, sí, agraviado, y como vea  
Sin el hijo de Mirra á Citea,  
Tú la ocasion, tú el modo, oh ninfa, advierte;  
Y aunque me insulte la rebelde tierra,  
Al ocio, entre esas peñas derribado,  
Quede el sangriento carro de la guerra,  
Mientras que á pelear en otros duelos  
El carro azul me lleva de los celos.»  
Dice; y ligero sube  
Al carro de la ninfa serpentina,  
Que circundado de impalpable nube,  
Penetró de los vientos el camino,  
Hasta llegar de Chipre á la espesura,  
Donde encubiertos por la nube oscura  
Los recibió la cueva de Pirene,  
Y un sátiro, que en ella los aguarda,  
Por la ninfa instruido,  
De la ausencia de Vénus los previene;  
Díceles cómo ha ido,  
Antes que el sol rayase al horizonte,  
Al Ericino monte.  
«Así no se retarda  
La venganza, que ya segura tengo,  
Pirene entonces dijo;  
Entre tanto prevengo  
Que tú, oh sátiro, espía de las selvas,  
Luégo que á fatigarlas salga el hijo  
Y nieto de Címaras,  
Con pronto aviso vuelvas.  
Tú, dios, mientras el hado se ejecuta,  
Al transparente alcázar de mi gruta  
Entra conmigo, donde  
En bien culto jardín mi ciencia escondo  
Cuántas produce el Pindo yerbas raras,  
Cuántas da el Apidano  
Y el tésalo Peneo,  
Las que alimenta Bebe en su laguna,  
Y las que dió á mi mano  
El venenoso monte de la Luna.  
De éstas (si á mi deseo  
Tu propósito insiste)  
Confeccion se previene,  
Que ajena forma viste,  
Y que tú vestirás, porque Pirene  
Y porque Marte vea  
La celosa venganza que desea.»  
Así los dos rivales, indignados,  
Precipitaban los injustos hados  
Del infeliz amante,  
Que, ausente de su amada Citea,  
Tanto el corazón triste le fatiga  
La amenidad de Chipre deliciosa,  
Cuanto por un desierto y otro errante  
Le fuera más amiga  
Con su Vénus el Africa arenosa.  
Tanto acusa la hermosa luz febea,  
Cuanto le hiciera breve y ménos triste  
La larga noche en la Noruega fria,  
Solamente la luz de la que, bella,  
Del cielo espuma es, del mar estrella.  
Pero, como alternar sólo podía  
Con sus afanes, mientras Vénus vuelva,  
El afan generoso de la selva;  
Al robusto ejercicio prevenido,  
Apénas llegó á un prado, á quien le viste  
Mucho Alcides de frescas sombras pardas,  
Cuando fué de Leucipe detenido;  
Leucipe (que si no de Mirra al nombre,

Desde que Adónis era infante tierno,  
A su cuidado sucedió materno),  
Habiendo convocado  
A la florida esfera  
Cuántas ninfas gallardas  
Del claro Lico ilustran la ribera,  
Con el bello cliente  
Sentada al verde márgen de su fuente,  
Aun más que divertirse el fiel cuidado  
De su adorada ausente,  
Que olvidase quería  
El venatorio empeño de aquel día,  
Pues de los celos y la infame ciencia  
Que hacían á Pirene sospechosa  
(No ya en vano) temía algún insulto,  
Permitido de Vénus en la ausencia,  
Por más que ántes hubiese sido indulto  
La autoridad de la asistente diosa;  
Y así, á las ninfas pide compañeras,  
Que no remisas, cuánto  
O de festiva danza ó dulce canto  
Les enseñe en el ocio de sus redes  
La escuela, ruda no, de sus riberas,  
Ostenten; porque al chiprio Ganimédes  
Para ellas usurpen parte alguna  
De la atención-con que á su afan suspira.  
Compitense oficiosas; cuando una  
Prestó el alma sonora  
A la ninfa, sonante cañía ahora,  
Porque cuantos respira  
Desahogos breves el prestado aliento,  
Los dedos alternantes  
Le hacen variar el modulado viento;  
Las cuerdas otras hieren resonantes  
De la zampoña, ménos ruda entonces;  
De otras dos el espíritu impelido,  
Sonando gime en los torcidos broncos  
De la una y otra venatoria trompa;  
Mas tan dulce gemía,  
Porque á las fieras la quietud no rompa,  
Que el que pudiera ser marcial ruido,  
Era delicadísima armonía.  
A éstos, pues, y á otros muchos más suaves  
Instrumentos, en tanto que Nerina  
(Sirena hermosa de las selvas) canta,  
O el dardo y la carrera de Atalanta,  
De Aretusa el desden, ó ya en más graves  
Números Ericina  
A nacer vuelve de la blanca espuma;  
El escuadron que resta  
De náyades festivas, ajustando  
Al vario són el ágil movimiento,  
Va numerosamente complicando  
Con una y otra planta la floresta.  
La vaga nieve, que si pisa el prado,  
Honor le da fecundo,  
Coros tejía tales  
Sobre la yerba verde,  
Que el que los siguió firme pensamiento,  
O á pocos giros cede fatigado,  
O confuso se pierde,  
Tantos enreda laberintos bellos  
De animados cristales,  
Que Amor, Teso segundo,  
Felicemente se perdiera en ellos.  
Aun el que al Euro ronco  
Resistió, se moviera firme tronco,  
A no tenerle suaves los reclamos  
De cuantos se vistió músicos ramos,  
Canoros ruiséñores,  
Que de las ninfas al confuso acento  
Competían, y el viento  
(Bien que sonoramente), atropellado,  
Huía de las hojas y las flores  
A las rocas, de donde revocado  
Por el eco suave,  
Al fin con los arroyos se quejaba,  
Porque ya en toda la floresta cabe.  
Más fastidioso entonces acusaba  
Entre sí el joven el saltante coro,  
La confusa armonía,  
El teatro festivo, el sitio ameno,

Y aunque atento al decoro  
De las gallardas ninfas obsequiosas,  
Cortés las aplaudía,  
El alegre bullicio juzga ajeno  
De quien para sus ansias amorosas  
Sólo estima las selvas silenciosas;  
Cuando siniestro el pájaro de Marte  
Resonar hizo el más vecino tronco,  
Que, sacudido de su pico bronco,  
Despertó el eco de la hueca parte.  
Suspendense las ninfas, suspendida  
Leucipe, á quien del pico las señales  
Mil, aunque inciertos, vaticinan males.  
«Oh ninfas (dice), enmudecer quisiera,  
De especies que no entiendo confundida;  
Siempre este ave mavorcia fué agorera,  
Pero ahora más que nunca á mis cuidados  
Inquietud trajo mucha.  
Oh tú, Pirene, Circe de estas selvas,  
Si es que, segundo Pico, tus amores  
A Adónis siguen, no fatal resuelvas  
Que le sigan los mismos tristes hados.  
Si á precio de que deje mi porfía,  
Quisieras que te instruyan mis temores,  
Oh Adónis mio, breve rato escucha.»  
Callaron todos, y ella así decía:  
«Del gran padre Saturno hijo gallardo  
Fué Pico, en otro tiempo rey ausonio,  
Ágil no sólo en manejar el dardo,  
Con quien fueran inciertos los más hijos,  
En instruir también los que el favonio  
Cuadrepedes le dió fogosos hijos,  
Y en lo valiente, en lo bizarro sólo  
De Marte envidia, emulación de Apolo,  
Y cuidado de cuantas  
La ribera coronan floreciente  
Del Albulá sagrado ninfas bellas;  
Pero sólo, entre tantas  
Dulces de Amor querellas,  
Agradecida fué la de Canente;  
Canente, hija del bifronte Jano,  
A cuya gran belleza,  
El terno de las diosas soberano  
Separó, envidiosamente atento,  
Y á su canora voz el mar y el viento.  
En tanto que su armónica destreza,  
Derramando la acorde melodía,  
Músicas redes sobre el viento había  
Tendido, que suaves,  
Las alas detuvieron de las aves.  
Las fieras con las suyas detenía  
En las selvas su amante  
Sobre un manchado bruto, que anhelante,  
Cuando impaciente gime  
Al ronco són del cuerno retorcido,  
Si la maestra mano lo reprime,  
Con bizarra inquietud el campo oprime,  
Y si de la carrera es advertido,  
A la doctrina atento,  
Padre debió de ser, no hijo, del viento,  
Segun vuela; arrogante,  
No por el que de plata le vestía,  
Si bien que venatorio, jaez luciente;  
No por el freno de oro,  
Que argentaba la espuma que vertía,  
Sino por la que siente  
Majestad de su dueño, que envidiarán  
Los que, del sol pisando luces bellas,  
Al relincho sonoro  
La tropa hacen huir de las estrellas.  
Ufanos, pues, aquellos anhelaron  
Bajo la mano augusta  
Del real joven bello,  
A quien preciosa faja la que pende  
Púrpura le sujeta, y por el cuello  
Hebilla de oro ajusta,  
Como las sienas, grave no, corona  
(Si corona hay no grave);  
La siniestra, que sabe  
Ser diestra en el manejo, que blasona,  
La rienda ocupa, á la que el bruto atiende;  
Y en la diestra, gallardí

Vibra el luciente dardo,  
Y por las selvas de Diana esquiva  
Corre, de sus sabuesos precedido,  
Y aunque en vano, ceñido  
De su real venatoria comitiva,  
A tiempo que la bella, si engañosa,  
Circe, de quien fué padre el rubio Febo,  
Dejado su maléfico horizonte,  
Para la confeccion de sus rigores  
Recogía oficiosa  
Las singulares yerbas de aquel monte.  
Ésta, pues, miró al inclito mancebo,  
Y suspensa, en señal de que rendía  
Al victorioso joven los despojos  
Dejó caer las venenosas flores,  
Ociosas, pues el alma por los ojos  
Aun más fuertes venenos recogía.  
«Qué mucho, si fué verlo, deseárla  
Uno, y otro fué amarillo,  
Y en aquel breve instante  
En su pecho juntó siglos de amante?  
Mas, como á la ocasion de su deseo  
Estorbo era no poco, ya el febeo  
Caballo, que á sus ojos lo arrebató,  
Ya la que le circunda muchedumbre,  
De la escabrosa cumbre  
Un jaballí desata,  
Cuyo bulto fingió su negra ciencia;  
Y el garzon, que á distancia bien segura  
Correr vió la verdad de su apariencia,  
Tras ella el noble bruto precipita;  
Ladran los canes, y la turba grita.  
Corrió pues, engañado,  
Hasta quedar cerrado  
De toda la espesura,  
Que, más enmarañada, niega el paso  
Al sin alas Pegaso,  
Cuyo aliento fogoso  
Nieblas desata de su blanco pecho,  
Si ya no es que en espuma lo ha deshecho.  
Desampáralo Pico presuroso,  
Y en seguimiento del cerdoso bulto,  
Del bosque penetró lo más inculto.  
En tanto ella, sus magias murmurando,  
Tanta niebla á la tierra exhalar hizo,  
Que, obediente al hechizo,  
Su padre retiró el luciente coche,  
Y el cielo, que arrastró la falda oscura,  
Horror fué á los monteros, que, extrañando  
La anticipada noche,  
Cada cual, sin noticia, sin destino,  
Vagaba por el campo laurentino.  
Pico, empeñado más en la espesura,  
Tras la que áun conseguir no desespera,  
Imaginada fiera,  
Dudaba á tiempo que la maga amante,  
La alma feroz mintiendo,  
En el bello semblante  
El paso le detuvo, así diciendo:  
«En vano vas siguiendo  
A quien huye, y te dejas  
A quien te sigue, oh Rey, con dulces quejas.  
Hija soy del hermoso autor del día,  
Mi belleza á tus ojos se confía,  
Mi poder tiembla el abrasado averno;  
Si me enojo, la tierra se estremece,  
El cielo me obedece;  
Nada hay inasequible á mis encantos;  
Ríndete á aquella á quien se rinden tantos.  
Concedete de Circe al amor tierno,  
Y saludará el sol su ilustre yerno.—  
Tarde á ese honor me ensalzan soberano  
(El joven dice) rendimientos tales,  
Seas ó no de las diosas inmortales;  
Superioridad tuya no consiente  
La altiva hija del glorioso Jano,  
Mi adorada Canente,  
A quien, para que dueño mio fuera,  
El gran Saturno reconoce nuera.—  
»No serás (Circe prosiguió furiosa)  
Esposo suyo hoy, ni ella tu esposa,  
Ni tanto atrevimiento

Verá el sol, que desprecias, sin castigo,  
 Porque aprendas, no dulce ya, enemigo,  
 A costa de tu vil racional vida,  
 Que soy mujer, amante y ofendida.»  
 Dice; y volviendo el pálido semblante  
 Veces dos á la parte donde muere  
 Y adonde nace el día,  
 Con murmurado acento,  
 Que de violentas acompaña acciones,  
 Tres veces dice incógnitas canciones,  
 Y otras tantas al triste garzon hiere  
 Con la que ya no en vano prevenia  
 De oro mágica vara.  
 Pico, de su destino áun ignorante,  
 Del hechizo fatal huir pretende,  
 Por lo que pide al viento  
 Lo veloz, de que ya no necesita,  
 Pues los que á la carrera brazos tiende,  
 Al viento sacudió, improvisas alas,  
 Y el cuerpo, no ya grave,  
 Por las etéreas salas  
 La tierra se dejó, plumas vestido,  
 De hombre áun no del todo desmentido,  
 Cuando se desconoce, ágil se irrita,  
 Y de su pico bronco  
 Resonar hace el golpe en hueco tronco;  
 Cuyo enojo áun conserva.  
 El grande Pico, en fin, pequeña ave,  
 Con el nombre áun reserva  
 Señas de lo que fué, porque presume  
 Su antiguo real decoro;  
 Pues cuanto le vestia augusta grana,  
 Viste encarnada pluma,  
 Y dorada la parte que en el cuello  
 Ocupó la preciosa hebilla de oro;  
 Como tambien la que en la forma humana  
 Corona le ciñó, le ciñe inhiesta  
 De plumas de oro rutilante cresta;  
 Pájaro, pues, tan bello,  
 Que lo consagra con su nombre Marte,  
 Cuando él, por su hado injusto,  
 Era ya leve morador del viento,  
 La venatoria tropa discurria,  
 Sin perdonar la tenebrosa parte  
 Del prodigioso monte,  
 Que les hurta el acento,  
 Que vago repetia  
 De su perdido rey el nombre angusto;  
 A tiempo que, aclarado el horizonte,  
 La maga restituye  
 El usurpado día,  
 Y cuando veloz huye  
 Del escuadron errante, preocupada,  
 Y por el noble dueño preguntada,  
 Intrépida del caso les instruye.  
 Claman enfurecidos,  
 Y en confuso tropel la insultan, cuando  
 Ella, nuevos conjuros derramando,  
 Las rocas le responden con gemidos,  
 Las flores, palpitando,  
 Del centro brotan sangre pestilente,  
 Produce cada tronco una serpiente,  
 La tierra se abre, y por el aire vago  
 Vuelan los manes del estigio lago.  
 Atónitos los nobles laurentinos,  
 Huyen precipitados,  
 Pero no de su dueño; huyen los hados,  
 Que á los golpes ferinos  
 Del báculo terrible,  
 A cada cual prestó figura horrible  
 De varios brutos, que de aquel estrago  
 Huyendo (bien que ya el mayor no evitan),  
 Las cavernas del monte solicitan.  
 Despues la fiel Canente,  
 Errante por el rústico horizonte,  
 Llorando canta su perdido esposo;  
 «Pico», repite, y conmovido el monte,  
 «Pico», le vuelve en eco lastimoso.  
 Como en selva profunda,  
 Desde la seca rama  
 La simple tortolilla gembunda  
 Al perdido consorte dulce llama,

Llenando á todas horas  
 La soledad de lástimas sonoras;  
 Así canta y suspira  
 La ninfa, que, doliente,  
 Blasonar pudo de animada lira  
 (Y hermosa lira de marfil viviente),  
 Pues si al herirle música su pena,  
 Acorde, aunque tristísima, resuena,  
 Canoro fué instrumento de sus males,  
 Y sus lágrimas cuerdas de cristales.  
 El Albulá la oyó, y alzó la frente,  
 De laurel y de cañas coronada,  
 Y escuchándola atento,  
 De su corriente se olvidó ligera;  
 Mientras que ella, en su márgen recostada,  
 Conducia al dulcísimo lamento  
 Cuantos produjo troncos la ribera;  
 Donde la vió constante,  
 Sin dejar de ser música y amante,  
 Seis veces al nacer el claro día,  
 Y seis la noche fria,  
 Hasta que, atenuada,  
 Y en los dulces suspiros desatada,  
 Recibió el viento en sí (todo ya viento)  
 La música, la voz y el instrumento.  
 Tanta fué, Adónis mio, la venganza  
 De la ofendida Circe, hija de Febo;  
 Y si no olvidas que al real manco  
 No pudo defender el suegro Jano,  
 No Saturno, su padre, quizá en vano  
 Te aliente la esperanza  
 De que en sus justos límites contiene  
 El poder de tu Vénus á Pirene.  
 Témele pues, celosa y ofendida,  
 Cuando no temas su execrable ciencia;  
 Guarda, oh bello garzon, tu amable vida,  
 Cuando no para tí, para tu diosa,  
 Que, de su dulce Adónis deseosa,  
 Término ya pondrá á la amarga ausencia;  
 La que merecedora  
 No es ya de tanto duelo,  
 Pues no porque del cielo  
 Falte el sol, y á las trémulas estrellas  
 (Mientras que en cama duerme de cristales)  
 Despedazadas dé sus luces bellas,  
 Creen eterna su ausencia los mortales,  
 Que presto vuelve, y apacible dora  
 Las ráfagas purpúreas de la aurora.  
 Y si áun en tí el cuidado de la selva  
 Insiste, es vana, Adónis, tu porfia,  
 Porque áun la media edad no resta al día,  
 Y cuando ésta se acabe,  
 Quizá para tí vuelva  
 Más largo día en la deidad que aguardas.»  
 Dijo Leucepe; y el garzon, atento,  
 Y á sus prudentes ruegos más suave,  
 Despues que confesó su rendimiento  
 A las ninfas gallardas,  
 A tanto noble obsequio agradecido  
 (Aunque no ménos triste),  
 Por entónces desiste  
 Del venatorio empeño pretendido,  
 Nunca por los temores persuadido  
 (Que indignos son de generoso pecho),  
 Sino por las que ha hecho  
 Instancias su Leucepe, á quien venera;  
 Y porque ya otro afán suyo no era,  
 Pues como el pié cautivo, que si excede  
 La distancia precisa  
 Que la dura cadena le concede,  
 Tirante ella, su priston le avisa;  
 El jóven así, triste, aprisionado  
 A la imaginacion puesta en su diosa,  
 Si va hácia otro cuidado,  
 Segunda vez lo vuelve á su tormento  
 La cadena que arrastra el pensamiento.  
 Así se suspendia,  
 Para sobrevenir más repentino,  
 Del hijo de Cinaras el destino;  
 Pero entónces Diana, que, insidiosa,  
 En la Amatunta selva se escondia,  
 Y atenta al menor paso

Del jóven infelice,  
 Traje y forma mintió de Doralice,  
 Del monte ninfa bella,  
 Y tambien noticiosa  
 El fiero Marte y la cruel Pirene  
 De la fatal venganza que previene,  
 Pues Júpiter, movido á su querella,  
 Lo que á Vénus negó, concedió á ella;  
 Viendo que si el garzon no se apercibe  
 A la fatal batida,  
 A pesar suyo se dilata el caso  
 Que el sacro honor de su esquivéz decida;  
 Astucia tal concibe,  
 Que fué verdad y engaño,  
 Pues á él, jóven incanto, áun conocido  
 El daño á que se entrega,  
 Le hizo abrazar el daño.  
 Sobresaltada, pues, al sitio llega  
 Que las blancas náyades coronaban,  
 Y aunque en vano, el dolor lisonjeaban  
 Del amante afligido;  
 Y admitida, aparente Doralice  
 De aquel teatro atónito, así dice:  
 «Todo el monte, oh mi Adónis, he corrido  
 (Pues te encuentro, dichosa mi fatiga),  
 Aunque ahora, á mi pesar y el tuyo, diga  
 Que tu enemigo Marte  
 Discurriendo va el llano y la espesura,  
 Solicitando hallarte;  
 Y hallado, á las estigias aguas jura  
 Que han de admirar los cielos  
 La sangrienta venganza de sus celos.  
 Si ya en tí no me mienten  
 Las que registro venatorias señas,  
 Para salir al monte te apercibes;  
 ¡Oh infeliz jóven! lo que tardas vives.  
 Si prudentes consejos no desdeñas,  
 Ellos no te consenten  
 Que á las selvas te arrojes temerario;  
 Que es poderoso, advierte, lo contrario,  
 Que es dios fuerte, y que tiene de su parte  
 Los celos para ser dos veces Marte.»  
 Dijo, y precipitado  
 El noble jóven de improvisa rabia,  
 Si ya no de las furias agitado,  
 O de los celos, que tambien son furias,  
 «Mas que me obligas (respondió), me injurias.  
 No me instruye, me agravia,  
 Tu consejo, oh engañada Doralice;  
 No soy de tan vil pecho y tan cobarde,  
 Que lo que un ruego me debió prudente,  
 Me deba el miedo vil indignamente.  
 No quieren tus desvelos  
 Que yo en salir á la espesura tarde,  
 Cuando tu necia persuasion me dice  
 Que en la misma espesura andan mis celos.  
 La robusta tarea,  
 Atento de Leucepe á la porfia,  
 Hasta venir la hermosa Citea,  
 Olvidado ya habia;  
 Pero perdona ya; porque, aunque vuelva  
 Mi diosa, en cuyos ojos arde el orbe,  
 Y con imperio, que amo, me lo estorbe,  
 Ahora he de fatigar la inculta selva,  
 Sin olvidar la más remota parte,  
 Por si me halla ese dios, terrible Marte,  
 Ni porque él sea dios, y dios tan fiero,  
 Yo mortal apacible, no guerrero,  
 La campaña me vedes;  
 Que mortal fué Diomedes,  
 Y de él ignominiosamente herido,  
 Huyó ese dios temido.  
 Si débil jóven soy, me hacen valiente  
 Dos veces, ya el ser yo favorecido  
 De la preciosa causa de estos duelos  
 (Cuya deidad espero que me aliente),  
 Ya mis rabiosos celos;  
 Por lo que en esta parte  
 Tambien vengo yo á ser dos veces Marte.»  
 Dice; y como el novillo más lozano  
 En el cerrado soto, al dulce abrigo  
 De la amiga vacada,

Si ha sentido en el llano  
 A la novilla amada,  
 Y oyó bramar al toro, su enemigo  
 (Que más que su rival, su padre fuera)  
 Celoso rompe, con la rabia fiera,  
 La valla de las madres defensiva;  
 Deshace la maleza enmarañada,  
 Y cuanto halla derriba,  
 Hasta verse en la rústica estacada,  
 Donde igualar intenta su fortuna  
 Con la crecida su áun creciente luna.  
 Así el infeliz jóven, engañado  
 De la que califica valentía,  
 Y era sólo un colérico despecho,  
 Que encendieron los celos en su pecho,  
 Ociosa de las ninfas la porfia,  
 Por todas atropella,  
 Las ramas desenlaza, estorbos huella,  
 Y de sus nobles canes rodeado,  
 Se hurtó á los ojos de la tropa bella,  
 Que en vano con clamores áun procura  
 Los oiga el que ya vaga en la espesura.  
 Mientras que con el cuerno resonante  
 El bello cazador el monte altera,  
 El sátiro, que era  
 Espía vil, con el aviso viene  
 A la insidiosa gruta de Pirene,  
 La que ya prevenia en vaso de oro  
 La confeccion (de la que no era ajeno,  
 Proprio sí; porque el oro más brillante,  
 Y no el barro, esconder suele un veneno);  
 Tomando, pues, la mágica bebida,  
 De las insignes yerbas extraída,  
 «Oh Marte (dice), salva la que adoro  
 Deidad tuya; tus celos ahora imploro.  
 En vano ahora fluctas  
 En lo que ya mi ciencia vió preciso;  
 Estos sus hados son; no impedir oses  
 El que es ya alto decreto de los dioses;  
 Muera ya el hijo aleve  
 De Mirra; la ocasion es nuestra, bebe.»  
 Bebió por fin el dios, y de improviso  
 Sintió cubrirse de cerdosas púas,  
 Mientras que el cuello hinchado,  
 Que por los juntos hombros le crecia,  
 Con la alta cerviz áspera se unia;  
 Sobre los cortos brazos derribado,  
 Fácil la tierra toca  
 Con la espumante prolongada boca,  
 Que rayos vibra de marfil agudo,  
 A los que encender pudo  
 El fuego que reparte  
 De sus ojos; y en fin, el que era Marte,  
 Cerdoso es ya animal, jabalí fiero,  
 En quien del dios guerrero  
 Quedaron solamente  
 Los frios celos y la ira ardiente.  
 Entre tanto las selvas discurria  
 Adónis, de furor y sustos lleno,  
 Los que no conocia;  
 Pues, por más que salirse procura  
 El palpitante corazón del pecho,  
 A su falso valor autor ha hecho  
 De lo que el triste corazón le advierte,  
 Présago ya de la vecina muerte,  
 Cuando cual suele el improviso trueno  
 Estremecer la bárbara espesura  
 Del sublime Cerámio, castigado  
 Del rayo, que sus altas rocas parte;  
 Tal vió por un collado  
 Venir precipitado al que era Marte,  
 Y ya es cerdosa fiera, que bufando,  
 Y tras sí desgajando  
 La débil jara y la robusta encina,  
 La selva estremeció circunvecina.  
 En tanto que él intrépido lo espera,  
 Sordo al corazón noble,  
 La espalda dando á un roble,  
 Y el arco prevenido,  
 El escuadron de perros, atrevido,  
 Ladrandos cercan la mentida fiera,  
 Que, las cerdosas púas esgrimiendo

De la cerviz valiente,  
Y fulminando el espumoso diente,  
Derriba por el campo  
A Arboló y á Oribazo y á Melampo;  
Por lo que, Agre, aprendido el escarmiento,  
Léjos le insulta con ladrado ronco.  
Adónis, la distancia regulada,  
La flecha entregó al viento,  
Que, por el viento errada,  
Aspid de acero, se clavó en un tronco.  
Ligero acude al dardo,  
Que, asiendo mal la mano trepidante,  
Deja caer al suelo,  
Y al inclinarse á recobrarlo tardo,  
Llega el fiero animal, y á golpe cierto,  
En el siniestro lado descubierto  
Escondió todo su marfil tajante.  
¿Cuándo, si ahora no, se enluta el cielo?  
El jóven moribundo,  
Caido ya sobre la yerba verde,  
Preciosa copia de corales pierde,  
Y de la grande herida  
A pedazos saliendo va la vida;  
A cuyo tiempo llegan presurosas  
Cuántas de la ribera  
Aun le buscan náyades, conducidas  
Del sátiro, que, astuto,  
Refirió (y omitió que cómplice era)  
De Pirene y del dios la hazaña fiera.  
Mas no bien solemnizan, lastimosas,  
El fiero golpe del cerdoso bruto,  
Que aún iba atravesando la espesura,  
Cuando por la region del aire pura  
Precipitaban el luciente carro  
Las blancas aves de la chipria diosa,  
Que desde el Ericino, cuidadosa,  
Tornaba á ver su cazador bizarro,  
Y asaltada del misero lamento,  
Cierta, aunque no informada, de sus males,  
Juzgando tardo lo veloz del viento,  
Dejó al viento su carro de cristales,  
Y se fió de su ligera planta,  
De cuya blanda fugitiva nieve  
Sacó entonces aguda espina aleve  
La púrpura con que hoy arde la rosa;  
Pero, sorda al dolor la amante diosa,  
Aun más veloz corrió á mayor tormento.  
Affigida Lenciipe se adelanta,  
Y más bien que á la voz, al sentimiento,  
La causa, el caso, el agresor reduce,  
Y al sangriento teatro la conduce.  
Llega, y la turba misera apartando,  
A su Adónis encuentra palpitando;  
Porque el hado guardaba en fiel retiro  
Para Vénus el último suspiro;  
Y así, en señal de que entregarle quiere  
Aun el alma angustiada con que muere,  
Tres veces se afirmó sobre sus brazos,  
Y tres se derribó, y otra su anhelo  
(Mientras que Vénus lo contempla tierna)  
Porfó á abrir los moribundos ojos,  
Que no sufriendo ya la luz del cielo,  
Aman su noche eterna,  
Hasta que, rotos los vitales lazos  
(Que para unirse más, se habían unido),  
Huyendo salió el alma con gemido.  
Vénus, furiosa entonces, castigando  
Su blanco pecho, y á las flores dando  
Los dorados despojos  
De su inculto cabello,  
Aun abrazada del difunto bello,  
Así clamó: «Decidlo, Melpomene,  
¿Para qué son los dioses inmortales,  
Si la inmortalidad no los redime  
De cuanto triste al mundo sobreviene?  
Felices los humanos,  
E infelices los dioses soberanos,  
A cuya dura suerte  
No pondrá dulce fin la amarga muerte,  
Ya mi dolor eternamente gime,  
¡Oh hados fementidos!  
O al abrigo ponedme de los males,

Ó dad mortalidad á mis gemidos.  
¿Cómo, mi dulce Adónis, ha cortado  
Láquesis de tu vida el hilo de oro,  
Apénas comenzado,  
Si Vénus inmortal en tí vivía?  
¡Ay, mi bien deseado  
Al tiempo que perdído!  
¿Cómo ha desaparecido  
En tus mejillas bellas  
La dulce paz, que hacia  
Con la azucena cándida la rosa?  
¿Cómo los rayos de tus dos estrellas,  
Con cuya luz hermosa  
Brillaba la deidad del tercer cielo?  
Púsose el sol. Oh ninfas, vuestro llanto  
No deje el mio, para que haga junto  
Un mar, para urna de mi sol difunto.  
Vuestro dolor sea tanto,  
Que para eternizar mi desconsuelo,  
Por sacrificio de anuales ritos  
Deis á mis aras los dolientes gritos.  
¡Ah fiero Marte, indigno aún de este suelo!  
Vilísimo desdoro  
Del sacro néctar y el celeste coro.  
Inmortal yo no sea,  
O con su Adónis pague Citerea  
El misero tributo,  
Si á ver volviere tu semblante bruto.  
¡Oh bárbara Pirene! ¡oh Circe infame!  
Si aborreces cruel, si amas perjura,  
Mi poder desde hoy hará que vean  
La horrida amarillez de tu hermosura;  
Porque, ultrajados los colores vivos,  
Que amó Neptuno, sean  
Desprecio aún á los faunos más lascivos,  
Y no porque el color triste se crea  
Que efecto de tus aguas se derrama,  
Sino también porque tu rostro afea,  
Diga desde hoy la fama  
Que es ya dos veces *pálida* Pirene.  
En vano nuestros bárbaros desvelos  
Duracion usurparon á la triste  
Causa de mi dolor y vuestros celos;  
Porque, si es la mitad del alma mia  
Adónis, que aún asiste  
Dentro del pecho, donde yo le abrigo,  
Vuestros celos y él viven conmigo;  
Y para que también viva su gloria,  
Su rojo humor haré yo tan fecundo,  
Que produzca á los siglos su memoria.»  
Dice, y sacando el néctar soberano,  
Que en una ampolla de oro contenía,  
Lo rocía con rostro gemebundo  
Sobre los que en la rústica esmeralda  
Se congelaban líquidos rubios.  
La sangre, pues, al prodigioso arcano  
Obedeciendo, empieza á levantarse,  
Y en partes diferentes á empollarse,  
Hasta hacerse de hojas carmesíes  
La anémone que acaba aún cuando empieza,  
Y que para adornar su verde falda  
Elegió desde allí la primavera.  
Entre tanto la tropa lastimera  
De ninfas echa con piadosa mano  
Copia de flores sobre el cuerpo frío,  
De quien el alma huyó, no la belleza,  
Que entre el palor venusto se ha quedado.  
Después á un valle umbrío,  
De funestos cipreses coronado,  
Lo condujeron, donde  
Preciosa tumba de cristal lo esconde,  
En la que este letrero  
Llamó con voces de oro al pasajero:  
«Yace aquí reposando  
Aquel para quien Némesis reparte  
De Vénus la piedad, la ira de Marte.  
¡Oh tú, que vas cazando!  
Adónis fué la luz de este horizonte;  
Pues murió, el sol se puso, deja el monte.»

PRÓCRIS.

Cuanta me referiste horrenda historia,

Aun cuando, dulce, mi dolor divierte,  
Con asombros fatiga mi memoria.

ANAXARTE.

No á mí los dioses de tu triste suerte  
Me instruyen; pero el hijo de Cinaras  
Buscó sus celos y encontró su muerte.  
Si en la prolija historia bien reparas,  
Teatro en ella tal te he descrito,  
Que hacen sangriento sus tragedias raras,  
Y aunque la tempestad yo haya traído,  
Mira, Prócris, si el rayo evitar puedes  
Cuando ya el trueno lastimó tu oído.  
Vestidas de escarmiento las paredes  
De su templo, Diana aún te asegura  
Que con amor no vuelvas á sus redes.  
Tus celos no profanen su espesura,  
Pues por las iras de su diosa fuerte,  
No hay amor en las selvas con ventura.

PRÓCRIS.

Si Adónis, no sin miedo de la muerte,  
Buscó sus celos, yo los busco ciega;  
Que, como es ciego Amor, riesgos no advierte.  
Mas, ¿cómo, cuando tu consejo ruega  
Que yo evite el enojo de Diana,  
A tí de Vénus el temor no llega?

ANAXARTE.

Yo nunca temo á una deidad liviana.

PRÓCRIS.

La que esquivá aún veneras, algun día  
Fué con Endimion diosa y humana.

ANAXARTE.

Siempre esta rigidez ha de ser mia.

PRÓCRIS.

Yo he de seguir mis celos inquiriendo.

ANAXARTE.

¿Aun porfia tu error?

PRÓCRIS.

¿Tu error porfia?

ANAXARTE.

Pero ¿no escuchas venatorio estruendo?

PRÓCRIS.

Una tigre fatigan juntamente  
Céfalo é Ifis, hácia aquí corriendo.

ANAXARTE.

¿Qué confusión de perros y de gentel  
Prócris, que no nos hallen procuremos.

PRÓCRIS.

Tu Barcino ladrando está impaciente.

ANAXARTE.

¿Y tu Pemena?

PRÓCRIS.

No los libertemos  
Sino del tronco que los ha tenido,  
Y cada una con el suyo huirémos.  
Ya el mio desató.

ANAXARTE.

Prócris ha huído,  
Sin que el sabneso yo reducir pueda.  
Ahora ha de descubrirme su ladrado.  
To, Barcino... Partió el cordon de seda  
Por junto á la manilla, y en mi mano,  
Mientras que él huye, su prision se queda.

IFIS.

Ya te tengo; no huirás mi amor insano;  
Siga Céfalo allá su chipria fiera,  
Y yo á mi fiera hircana.

ANAXARTE.

Será en vano.

IFIS.

¡Ah ninfa ingrata! Ya se huyó ligera,

Dejándome el cordon con que la asia;  
Seguir la el pensamiento aún no pudiera.  
¿Hasta dónde los hados mi porfia  
Conducen? Si ha de ser hasta la muerte,  
Muera yo, y morirá la pena mia.  
Si en vano, oh Anaxarte, ya se vierte  
Por mis ojos un mar nunca bastante  
A contrastar escollo que es tan fuerte;  
Si eres aún más dura que el diamante,  
Que á la sangre se rinde, y tú no al llanto,  
Sangre que exprime el corazon amante,  
Duro fin acredite teson tanto,  
Y cuando allá me tenga, horror añada  
Tu crueldad al reino del espanto.  
Este despojo, que tu mano airada  
En la mia dejó, que, aunque suave,  
Prenda es tuya, á rigores enseñada,  
Será instrumento que mi vida acabe.  
Recibe el un extremo, oh tronco firme,  
Porque el otro reciba el cuerpo grave.  
Ya puedo todo al aire permitirme;  
Oh sol, que en los dos vives de Anaxarte,  
De tres soles á un tiempo he de partirme.

CÉFALO.

Huyó la fiera, y de Diana el arte  
Burlará, y al más rápido sabneso...  
Peró ¿qué es lo que cimbra hácia esta parte?  
¡Ah, selvas santas! ¡qué fatal sucesos!  
¡Ifis, con la garganta ya partida,  
De un tronco pende miserable peso!  
No dudo que Anaxarte es la homicida,  
Si con la mano no, con los desdenes,  
Que ya no pudo consentir su vida.  
¡Oh hermosura! Cruel imperio tienes,  
Pues ya vida, ya muerte al mundo seas,  
Para estrago del mundo siempre vienes.  
Ya la última obediencia, que desees,  
Dió á tu bárbaro imperio su destino.  
¡Oh ninfa! vén, porque tus triunfos veas,  
Pero ella aquí se acerca.

ANAXARTE.

Hácia aquí vino  
El sabneso, si no me engaño.— ¿Viste,  
Oh Céfalo, en el monte á mi Barcino?

CÉFALO.

Lo que yo veo es ese estrago triste.

ANAXARTE.

¿Ifis murió por mí? Mis dichas creo.

CÉFALO.

De algun escollo sin piedad naciste.

ANAXARTE.

En Chipre he de cantar este trofeo.  
¡Oh, si con él pendiera el Amor mismo,  
Y cuantos no infamaron su deseo!

CÉFALO.

El horrendo espectáculo al abismo  
Estremece, y el cielo, que nos mira,  
Rececla de su luz el parasismo.  
¡Y tú insultas, cruel! Mas no suspira  
Un pecho que es de hierro. ¡Oh! no devuelva  
Sobre tí Vénus la sagrada ira.

ANAXARTE.

No es poderosa, no, y aunque resuelva  
Mi muerte, yo sabré que...

CÉFALO.

[Dioses santos!]

Toda es prodigios la Amatunta selva.  
¿Qué querrán anunciarme monstruos tantos?  
O Némesis se irrita, ó la espesura  
Produce de Tesalia los encantos,  
Apénas la cruel ninfa procura  
Finalizar la voz blasfema, cuando  
Cesa la voz, la lengua es piedra dura.  
La planta, que hácia mí movió, parando,  
Jaspe quedó, los ojos ya no mueve;